

Una pelea entre Escritores: Asturias y García Márquez

Por Julio César Pinto Soria

publicado el 13 de julio 2014 en "El Acordeón" de El Periódico, Guatemala
<http://elperiodico.com.gt/es/20140713/elacordeon/250728/>

La década de los años sesenta fue sumamente conflictiva en el mundo de los escritores latinoamericanos, enfrentados por diferencias de generación, por las visiones políticas, los liderazgos y el control de los mercados editoriales, de tanta importancia en el despegue del famoso "boom". Miguel Ángel Asturias, Premio Nobel, era un blanco atractivo en estas polémicas, pues rebatiéndolo, descalificándolo, ciertos autores afirmaban la propia imagen pública.

El Premio Nobel de literatura que se le otorga a Miguel Ángel Asturias en 1967 pareciera marcar el clímax y el eclipse de su carrera literaria. Si se mide por este hecho, no por el valor de su obra, independiente de tales altibajos, la gloria literaria que otorga dicho premio duró solo un par de años. Asturias muere en 1974, y ya entonces su nombre empieza a desvanecerse. No tuvo tiempo, como los otros escritores del boom latinoamericano de los años sesenta, de proteger su obra contra el olvido. Tampoco contó con un país que lo respaldara, ni entonces ni después, como fue el caso del escritor mexicano Carlos Fuentes. Este texto no intenta defender o enaltecer la figura del escritor guatemalteco. Asturias, polémicas aparte, es uno de los fundadores de la nueva novela latinoamericana del siglo XX. Su lugar en la historia de las letras universales es indiscutible.

El artículo forma parte de un trabajo mayor que se tiene en marcha sobre la literatura y la política en la América Latina de los años sesenta y setenta del siglo pasado. El objetivo son los contextos históricos, la relación de Asturias con los hechos y figuras políticas y literarias de su tiempo, en este caso, las circunstancias especiales en que se establece una relación conflictiva con el escritor colombiano Gabriel García Márquez en los años de la guerra fría. La obra de los escritores del boom se enfoca como parte de los contextos; se trata de un intento de carácter historiográfico, no literario.

El texto fue escrito con anterioridad al reciente fallecimiento de García Márquez, cuya presencia viva prevalece en el ambiente. La singularidad humana de este escritor "caribe", como quiso que recordaran sus raíces populares, su afán por ser querido, lo que logró con creces, el invariable compromiso con América Latina, marcado por los sueños de una revolución latinoamericana que terminara con una historia de vasallajes, injusticia y miseria, que casi todos los demás autores del boom echan por la borda, permanece viva a la par de su literatura.

Los contextos del enfrentamiento

Hacia finales de 1970 y principios del año siguiente, en el clima de rivalidades literarias y enfrentamientos políticos que acompañan al boom de la literatura en América Latina, entonces en pleno auge, como también la guerra fría que dividiría el mundo de las letras, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, Premio Nobel en 1967 y desde el año anterior embajador de Guatemala en París, se convierte en el centro de la polémica entre los escritores latinoamericanos.

Todo comenzó, supuestamente, con la afirmación de Asturias de que la novela Cien años de soledad, publicada por García Márquez en 1967, era un plagio de La búsqueda de lo absoluto, del francés Honoré de Balzac. Asturias hizo la afirmación a mediados de 1971, cuando Cien años de soledad, reeditada por millares de ejemplares, era el bestseller del momento. (Ramón Luis Chao: 1971) A partir de entonces, hasta su reciente fallecimiento, García Márquez se convertiría en uno de los escritores más famosos del mundo. La fama, el snobismo, nunca fue del gusto de este escritor, un rasgo que, por el contrario, caracteriza a los autores del boom, a quienes la afirmación de Asturias les dolió, pues fue como tocar a Dios con las manos sucias. “Péguele a Asturias”, “Asturias viejo chocho”, afirmaría indignado Carlos Fuentes en uno de los tantos textos virulentos que despertó entre los escritores el comentario de Asturias. (José Emilio Pacheco: 1971)

Carlos Fuentes, novelista mexicano integrante del boomlatinoamericano, un escritor dandi que también portaba la aureola del compromiso político por el apoyo a la Revolución Cubana de principios de 1959, aunque luego se distanciaria de ella, era entonces una figura poderosa en el mundo de las letras del continente. El chileno José Donoso, uno de sus amigos y protegidos, le temía terriblemente. (Pilar Donoso: 2009) Donoso, miembro del nuevo movimiento literario, autor de una Historia personal del boom, cerró igualmente filas contra Asturias. (José Donoso: 2007) Su literatura, “retórica de sangre-sudor-y-huesos”, afirmó, estaba destinada a desaparecer bajo “el musgo del tiempo”. Asturias había apoyado a Carlos Fuentes en su carrera literaria, este a su vez reconoció la trascendencia de la obra del guatemalteco. Ahora estaba en su contra, y esto, junto con el rechazo de los otros escritores del boom, resultaría fatal para Asturias.

García Márquez vivió su gloria literaria a partir de Cien años de soledad, y en esta gloria parece permanecer para siempre. Los otros escritores del boom no han tenido la misma suerte. Hoy difícilmente habrá alguien que aguante a leer una de las novelas de José Donoso. Carlos Fuentes, fallecido hace poco, hasta el último momento figura pública de rango mundial, a través de premios, eventos culturales, celoso guardián de su obra, seguramente será leído por algún tiempo. Igual sucede con el peruano Mario Vargas Llosa, conocido desde los años sesenta como la vedette pública del boom, incansable promoviendo la imagen y la obra literaria, aunque definitivamente sin el valor de la del colombiano, se lleva al menos el galardón del Nobel, y un marquesado que al escritor “caribe” le habrá importado un pepino.

Los motivos y circunstancias que dan lugar al enfrentamiento entre Asturias y García Márquez son hasta hoy confusos. Los principales actores y testigos han fallecido, entre ellos Carlos Fuentes; como el también escritor mexicano Emilio Pacheco, quien ante el tono denigrante utilizado contra Asturias, “en todo el ámbito de la lengua española”, terció en la polémica defendiendo su obra. García Márquez, figura central en el enfrentamiento, habló siempre poco sobre el tema. Ahora, hundido en el mundo fantástico de los Buendía, matando el tiempo haciendo y deshaciendo pescaditos de oro, mucho menos. El escritor mexicano Vicente Leñero (2010) estuvo presente en el momento en que se desencadena la polémica y trasciende a la prensa; pero, hombre entrado en años, relata desde el recuerdo y a veces parece confundir fechas, nombres, circunstancias de cómo se inicia la polémica.

Los hechos, tal y como sucedieron, desaparecen poco a poco en el hoyo oscuro de la memoria. No han sido estudiados, no interesan. Mucho menos interesa la figura literaria de Miguel Ángel Asturias, a quien hoy, a cuarenta años de su muerte, pareciera no recordar nadie. El oscurecimiento de Asturias es parte y resultado de la terrible guerra fría que azotó en especial a Guatemala con tenebrosas dictaduras

militares y su cauda de persecución, muertos y desaparecidos, cerca de un cuarto de millón, la cifra más alta de toda la América Latina. Mientras en Guatemala se satanizaba a Asturias de comunista, se condenaba su nombre y la obra al olvido; en el exterior, donde había brillado su literatura y su posición de escritor comprometido, se vio envuelto en una oscura polémica alimentada de las mismas raíces de la intolerancia política, solo que exacerbada por las rivalidades y el arabismo literario.

Asturias fallece en España en junio de 1974, en un extraño momento en que la conjunción entre literatura y política favorece a unos escritores y desfavorece a otros. Asturias había pasado malos momentos, pero este, en la última etapa de su vida, cuando se le enaltece y luego se le cuestiona, fue sin duda el más difícil. Muere en la soledad, desterrado de su país, que con excepción de la conmoción pasajera que causa el Premio Nobel en pequeños grupos de escritores e intelectuales, no supo valorar la trascendencia de su figura histórica. Siempre había sido así; pero ahora, en medio de esta polémica que lo denigra y le amarga los últimos años, la soledad, la nostalgia por la patria, adquieren otras dimensiones. A no ser el apoyo que siempre tuvo en Blanca, la esposa, de un par de amigos que permanecen fieles al hombre y su obra, Asturias, de repente, después de la fanfarria del Premio Nobel, se quedó solo.

Asturias, Premio Lenin, Premio Nobel

En los años cincuenta y sesenta, con la publicación de *El Señor Presidente* (1946) y de *Hombres de maíz* (1949), Asturias se convierte en el pionero de una nueva literatura en América Latina. En esta forma su nombre trasciende las fronteras del continente. En 1967, al obtener el Premio Nobel de Literatura, y el Premio Lenin de la Paz el año anterior, alcanzará la etapa a la que aspira por lo regular todo escritor: el reconocimiento mundial, ser parte de una literatura universal. Así, al menos, veía Asturias la obtención de los dos premios. Tenía razón, en ese entonces era uno de los autores latinoamericanos más leídos a lo largo del planeta. Poco tiempo después esta situación cambiaría drásticamente. Su nombre, y la obra, caerían en el olvido.

El Premio Nobel, el más codiciado de todos los premios literarios, por sí solo motivo suficiente para despertar las mayores envidias y rencores en el sensible ego de los escritores, no era un premio fácil, no lo fue por lo menos para Asturias. Aunque se le consideraba un reconocimiento netamente literario, en torno suyo gravitaban los oscuros intereses de la guerra fría, que en una u otra forma podían afectar la vida y la obra de los escritores. (Kejll Espmark: 2008) La novela *Doctor Zhivago*, del ruso Boris Pasternak, Premio Nobel en 1958, fue por ejemplo utilizada por la CIA en los años cincuenta para desacreditar al régimen soviético.

Para Asturias, Premio Lenin y Premio Nobel, la situación fue más difícil. El primero, se afirmó en Guatemala, solo se le otorgaba “a los escritores comunistas”. Una forma de descalificar el Premio Nobel, de mantenerlo alejado de Guatemala, donde gente como él, “comunistas”, no tenían lugar. En la izquierda aceptar los dos premios, a no ser casos como el poeta Pablo Neruda, fácilmente podía convertir a un escritor en “oportunistas”. Ya enfrentados, fue una de las acusaciones que le hizo García Márquez a Asturias en los años setenta. Entonces, para entender la actitud del escritor colombiano, y la de otros que le hicieron la misma acusación, Asturias cargaba ya con el estigma de haber sido embajador en París del militarizado y represivo gobierno de Julio César Méndez Montenegro. (1966 – 1970) Pero esto es historia de otro artículo.

En una entrevista que le hace el periódico mexicano *El Heraldo* en 1972, un año después de que estallara la polémica con García Márquez, se presenta a Asturias como el Premio Nobel que poco tiempo atrás había despertado: “...la atracción de

todos los reporteros del mundo”. Por ese tiempo Asturias andaba ya a la defensiva. Entonces, en solo cinco años, el otrora famoso Premio Nobel era más conocido como el escritor que había cuestionado la novela más leída de García Márquez, traducida a los principales idiomas del mundo, mientras su nombre pasaba cada vez más a segundos lugares. En la entrevista, cuando le recordaron el tema, Asturias respondió ofuscado, evadió hablar sobre algo que solo le había ocasionado disgustos.

La notoriedad, la fama repentina, que García Márquez después de Cien años de soledad diría que casi le “desbarata” la vida, resultaría fatal para Asturias. García Márquez, hombre joven, hábil, en un mundo que reflejaba sus propias inquietudes políticas y literarias, decidido a hacer realidad todos sus sueños de escritor, supo manejarlo. La fama, además, era la glorificación, no el infierno que le tocó vivir al escritor guatemalteco. Asturias, en vez de disfrutar las mieles del triunfo, cumplir con las metas literarias que consideraba todavía pendientes, pues la capacidad de “jugar con las palabras”, de donde había nacido *El Señor Presidente* y sus demás obras, permanecía la misma, se vio arrastrado, ya septuagenario, gravemente enfermo, en las controversias y cuestionamientos de una época compleja y cambiante. Un mundo que no maneja, lo confunde y al final lo derrota.

La vinculación entre política y literatura, que marca a los escritores del boom, está estrechamente relacionada con los cuestionamientos políticos, sociales, económicos y culturales que plantea la Revolución Cubana de los años sesenta en América Latina. García Márquez y Vargas Llosa representan a este hombre de letras rebelde, como muchos otros escritores y poetas, comprometidos, dispuestos a todo por la revolución latinoamericana que debía introducir una nueva época en el continente, como también a defenestrar al adversario si de la carrera literaria se trataba, un rasgo que caracteriza a este movimiento literario.

García Márquez y Vargas Llosa, distanciados después por las divergencias que provoca entre los escritores la Revolución Cubana, formaban entonces una pareja inseparable, unidos por las metas literarias como también por las políticas. Los dos, jóvenes y ambiciosos, convencidos de la necesidad de crear una literatura que respondiera a las visiones y postulados de la nueva época en América Latina. Asturias, hundido en esta tarea desde años atrás, estaba de acuerdo, pero como parte y resultado de la tradición literaria del continente, no negándola como harían los autores del boom. Estas divergencias literarias tienen efecto en el polarizado mundo de la guerra fría, lo que oscurece los contornos de la polémica. Resulta difícil, por ejemplo, deslindar hasta dónde García Márquez se enfrenta a Asturias por rivalidades literarias -afirmó que él le enseñaría a escribir sobre la dictadura- y hasta dónde por divergencias en los principios políticos a los que, al contrario de los bandazos de un Vargas Llosa, García Márquez permanece fiel a lo largo de la vida.

La década de los años sesenta fue sumamente conflictiva en el mundo de los escritores latinoamericanos, enfrentados por diferencias de generación, por las visiones políticas, los liderazgos, el control de los mercados editoriales, de tanta importancia en el despegue del famoso boom. Poetas y escritores como Pablo Neruda y Jorge Luis Borges saben llevar las diferencias políticas, no se soportan, pero se evitan, se respetan. Entre otros escritores la situación es distinta. Figuras literarias, como el peruano José María Arguedas, que había escrito *Los ríos profundos*, una de las mejores novelas latinoamericanas, son duramente descalificadas por escritores jóvenes y ambiciosos como Vargas Llosa dispuestos a todo por la fama literaria. Asturias, Premio Nobel, era un blanco atractivo en estas polémicas, pues rebatiéndolo, descalificándolo, se afirma la propia imagen pública. Asturias, además, ofrecía otra

ventaja: nunca fue bueno en tales lides, enmudece o se deja provocar, se desboca, como en la pelea con García Márquez.

El Premio Lenin y el Premio Nobel, paradigmas de la guerra fría que dividía al planeta en buenos y malos, simbolizan estos tiempos convulsos en que la política y la literatura en cierta forma corren parejas. Pues así, según el compromiso social, se juzga a los escritores. Asturias, con la afirmación de que el escritor era una “conducta moral”, en lo que creía desde la década de los veinte, estaba de acuerdo. Sus amigos de entonces, de los años de la estancia de París, lo recordaban significativamente como un “católico leninista”. Asturias seguía siendo el mismo; los tiempos, los paradigmas políticos, el lugar que se asigna o asumen los escritores, habían cambiado. Esta disparidad de mundos marca las vicisitudes que vive Asturias en las décadas de los años cincuenta y sesenta cuando su literatura y su compromiso social son rebasados, cuestionados o distorsionados por los intereses y visiones de un mundo político radicalizado entre comunistas y no comunistas, en medio del cual se encuentran los escritores.

En esta confrontación de tiempos y generaciones, donde se cuestionan los paradigmas políticos y literarios, tiene efecto el conflicto entre Asturias y García Márquez. Aparte de la literatura, el factor que une o enfrenta a los escritores es la posición que se asume en la guerra fría. Las divergencias entre Asturias y García Márquez, que busca develar este texto, tenían más de un origen. Las rivalidades de orden generacional y literario parecen ser determinantes; pero también estaban las diferencias entre dos escritores que hasta entonces habían compartido la trinchera de los escritores comprometidos con la causa de una nueva América Latina, que se ven enfrentados cuando Asturias en 1966, en un momento sumamente complejo en la vida política guatemalteca, decide representar en la embajada de París a un gobierno que implantará la persecución política y la práctica de las masacres que ensombrecen el siglo XX guatemalteco. Este fue el principio de la tormenta que terminaría ensombreciendo la gloria literaria que le trae a Asturias el Premio Nobel de 1967.

Este trabajo es continuación de “El difícil camino de Asturias”, publicado en “El Acordeón” de El Periódico, Guatemala, el 5 de mayo de 2013: <http://www.elperiodico.com.gt/es/20130505/elacordeon/227834/>